

JAIME PEÑAFIEL

LOS 80 AÑOS DE
SOFÍA

ESPOSA, MADRE Y ABUELA



JAIME PEÑAFIEL

LOS 80 AÑOS DE
SOFÍA

ESPOSA, MADRE Y ABUELA

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

ANTES DE EMPEZAR: Esposa, madre y abuela

Los años pasan sin que nos demos cuenta, menos los de los reyes que suelen ser casi una fiesta nacional. Aunque don Juan Carlos y doña Sofía cumplen los ochenta el mismo año, no son de la misma edad: mientras que el rey nació el 5 de enero de 1938, la reina vino al mundo el 2 de noviembre. Se llevan, pues, once meses.

La propia reina Federica, en sus *Memorias*, recuerda así el nacimiento de su hija Sofía:[1]

Mis dos hijos mayores, Sofía y Constantino, nacieron en el salón de nuestra casita de Psychico, puesta a nuestra disposición por el Gobierno (reinaba entonces el rey Jorge del que Pablo, también llamado Palo, era su heredero). Al principio del embarazo de Sofía me sentí muy mal. Creí que se trataba de algo de estómago, pero Palo sabía que íbamos a tener un hijo, lo que me pareció increíble. Como ni siquiera se me había pasado por la imaginación semejante cosa, dije: «¿Que voy a tener un niño? ¡Ni pensarlo!». Pero pronto empecé a pensar en ello. Era la cosa más natural.

Como en aquella época y hasta muchos años después no podía conocerse el sexo del bebé que iba a nacer, ante la posibilidad de que fuera niño se guardaron las formalida-

des testificales que marcaba el protocolo real para el momento del parto. Junto al rey Jorge II, en el salón contiguo adonde Federica daba a luz, también se encontraban el primer ministro, Ioannis Metaxas; el jefe de la Casa del Rey, Alexander Mercatis; el alcalde de Atenas, Ambrosio Plitas, y el ministro de Justicia, Agis P. Tabacopoulos, como encargado del registro civil. Presentes también los padres de Federica, Ernesto Augusto de Hannover y Victoria Luisa de Prusia.

Por teléfono, desde la casa de Psychico, y cuando se produjo el feliz alumbramiento, el primer ministro ordenó que la guarnición de artillería disparara, desde el monte Lycabettos, las veintiuna salvas de ordenanza, como homenaje a la niña recién nacida. Ciento uno de haber sido varón.

Palo y yo hubiésemos querido que nuestra hija se llamara Olga. Pero, cuando la gente que se agolpaba alrededor de la casa contó el número de disparos empezó a gritar «¡Sofía!, ¡Sofía!». [...] Era tan feliz en mi nueva vida y con mi hija que, por nada del mundo, la hubiera cambiado.

Por su parte, doña Sofía le recordaba a la querida compañera Pilar Urbano para el libro *La Reina*:^[2]

¿Qué puedo decir...?. Nací por la tarde, casi de noche. En algún sitio he leído que fue a las ocho y cuarto. En Grecia se pone el sol antes que aquí y, en otoño, anochece muy pronto. Tengo que creerme lo que he oído en casa: que se me ocurrió nacer, ¡ufff!, ¡el día de los muertos!, y que mi madre quería que me llamase Olga, en recuerdo de mi bisabuela, Olga de Rusia, la mujer de Jorge I, el fundador de la dinastía griega. Pero la gente, la gente de la calle, en cuanto oyó las salvas, acudió a la casa de Psychico,

gritando «¡Sofiiiiiaaa, Sofiiiiiaaa!», porque en Grecia la costumbre es poner el nombre de los abuelos. No repetir el de los padres, ni irse hasta los bisabuelos. Y... ¡con Sofía me quedé!

En el bautizo me pusieron también una hilera de nombres amén de Sofía: Margarita, Victoria Federica. Nosotros aquí, con nuestros hijos, hicimos lo mismo, solo que al final les poníamos «y de la Santísima Trinidad y de todos los Santos». ¡Así quedábamos bien con todos!

A propósito del nombre que se le impuso a Felipe, ha habido muchas versiones entre ellas que fue el general Franco quien aconsejó a don Juan Carlos que mejor un Felipe que un Fernando porque los Felipes están más lejos que los Fernandos.

A Franco no se le consultó. Lo decidimos entre nosotros. Pero ese comentario de Franco no lo rechazó. Le pega mucho. Pudo haberlo hecho, aunque después. Nosotros dos pensamos llamarle Felipe por Felipe V de Anjou, que fue el primer Borbón.

Y, repasando su genealogía, el comentario de doña Sofía a juicio de Pilar Urbano «es sorprendente y desmitificado»:

Me interesa mucho más fijar bien el pedigrí de mis perros que el mío.... De todos modos, desde Jorge I, la familia real griega se apellida Grecia. Todo eso de Schleswig Holstein Sondenburg Glücksburg... ¡fuera, fuera! El rey Jorge los abolió. Ya no son apellidos. Son solo lugares de origen, alemanes y daneses. Mi apellido es Grecia y punto.

Lleva toda la razón. Precisamente, el pasado 25 de marzo el ex presidente Carles Puigdemont fue detenido cuando intentaba llegar a Bruselas desde Helsinki, pasando por

Alemania, en la localidad del estado federal de Schleswig-Holstein que, ¡oh casualidad!, son los apellidos de doña Sofía.

Es indiscutible que entre don Juan Carlos y ella debió de existir alguna vez amor o algo parecido, como se puso de manifiesto aquel 2 de noviembre de 1978, el cuarenta cumpleaños de la reina.

El rey sabía lo que la familia suponía para ella. No solo sus hijos sino, además, en aquella época, su madre, sus hermanos, sus tíos y sus primos. Tenerlos ese día junto a ella era el mayor de los regalos que podía hacerle. Y don Juan Carlos se puso manos a la obra sin que ella supiera nada. Para eso y con el mayor de los secretos, llamó a unos y a otros convocándoles en Madrid con la complicidad de su hermana, la infanta Pilar, que ofreció su casa. El día señalado y a la hora prevista fueron llegando todos. Engañada, doña Sofía fue hasta allí, poco antes de las ocho de la tarde. Al entrar en la casa y acceder al salón, se encontró a todos los suyos. Ella, que siempre procura evitar que afloren sus sentimientos, rompió a llorar abrazada a su marido. Desgraciadamente, en pocas ocasiones como esta ha sido tan feliz, tan dichosa, ¿tan enamorada?

Difícil es recordar hoy otro cumpleaños feliz. Ni aniversarios de boda. Posiblemente porque, desde hace mucho tiempo, demasiado, que no hay nada que celebrar. Incluso es mejor no recordar. Aunque a doña Sofía no le importa el paso del tiempo. Cuando cambió de década comentó: «Ahora estreno el 7, pero lo importante es encontrarse bien». Y eso que dejaba atrás un año muy difícil, en el que había sufrido mucho al ver cómo su vida más íntima y priva-

da salía por primera vez a la luz. Doña Sofía no quería ver la realidad hasta que se abrió la veda en los medios de comunicación y empezaron a ser de dominio público los nombres femeninos que ella creía habían sido solo flor de un día.

La única vez que este autor ha sido testigo de una celebración, sucedió durante una visita oficial de los reyes de España a Guinea Conakry, cuando el presidente Sékou Touré los invitó, por sorpresa, a apagar las diecisiete velas de la tarta del aniversario de su boda. Era el 14 de mayo de 1979. Aquella noche se ofrecía a los reyes una cena de gala en el Palacio Presidencial de Conakry, a la que este autor asistía como parte del séquito informativo del viaje de los reyes. A los postres, apareció, sobre la mesa, la gigantesca tarta de cinco pisos, rematada por las velas. Don Juan Carlos y doña Sofía, muy emocionados, soplaron por dos veces consecutivas. «Es la primera vez que apago una tarta de aniversario», me diría la reina con la emoción todavía reflejada en sus bellísimos ojos color uva. Mientras, en el exterior del palacio, cientos de guineanos fulbés, los típicos habitantes de las sabanas, los mandingas, los malinké y los susu bailaban en honor de tan regios invitados.



Imagen cedida por el autor

Los reyes don Juan Carlos y doña Sofía en el momento de apagar las 17 velas de la tarta de aniversario de su boda que les ofreció, por sorpresa, el presidente Sékou Touré y su esposa, presentes en la foto.

Han pasado muchos años. Ya nada es igual. Ni lo será nunca. ¿Mejor? ¿Peor? Lo que ya no habrá nunca serán los *annus horribilis* que jalonaron su vida de sufridora esposa, ya que no pudo reconducir la maltrecha felicidad de su matrimonio. Y de sufridora madre, ya que no pudo evitar que sus hijos se casaran con quienes quisieron, aunque la experiencia ha demostrado que no con quienes debieron. El matrimonio de la infanta Elena con Jaime Marichalar, que acabó en divorcio. El de la infanta Cristina con Iñaki Urdangarín que, el 18 de junio de 2018, un lunes, ingresaba en la cárcel de Brieva, en Ávila, para cumplir los cinco años y diez meses que el Tribunal Supremo le había condenado por prevaricación continuada, malversación, tráfico de in-

fluencias, fraude a la Administración y dos delitos fiscales. Y, lo que son las cosas de la vida, ocupando la misma celda que Luis Roldán, el director general de la Guardia Civil, pasó, nada menos, que quince años. Y Felipe con una mujer, Letizia, que no goza del fervor popular.

La fecha motivo de nuestra atención sobre doña Sofía, los ochenta años, es una de esas que se consideran «redonda». En el matrimonio, los veinticinco años se califican de plata; los cincuenta, de oro; los setenta y cinco, de diamante. Las ocho décadas en la vida de una persona que la reina «emérita» se dispone a cumplir, el próximo 2 de noviembre (celebrar es mucho decir), la calificarán de octogenaria, pese a lo poco atractiva que pueda parecer la palabra.

No será ya la soberana reinante, ni reina viuda (que no lo está), ni reina madre (que lo es, pero no le gusta esa definición), ni divorciada (que ni lo está ni lo quiere). ¿Su estado civil? Digamos que... separada. Dicen que, aunque no tiene el corazón de acero, difícilmente deja adivinar sus sentimientos. Pienso que eso ocurre, tan solo, de puertas hacia fuera. En cualquier caso, doña Sofía es una mujer tercamente decidida a cumplir con su deber. Es tan realista que en modo alguno se compadece de sí misma por la situación de esposa sufridora y mal querida. Pienso que ha llegado a un perfecto equilibrio entre sus sentimientos por un lado y las obligaciones por otro. No le ha quedado más remedio porque, además, solo tiene a su hermana Irene para confiarse y, sobre todo, consolarse.

«Bajo esa apariencia, se esconde una mujer con su dosis de ambición, a la que le encanta el protagonismo. Le entu-

siasman las joyas, aunque no las luzca en público, y las firmas de lujo. Por sentido del deber, ha tragado mucho, pero lejos de don Juan Carlos su vida no hubiera sido tan apasionante», aseguraba Consuelo Font en *La Otra Crónica de El Mundo*. Para ella, ser reina está por encima de todo, casi como si se tratara de un sacerdocio. Así la educaron y no conoce otra cosa. Por eso se ha volcado tanto en su papel. A diferencia de la nuera, la inefable Letizia, doña Sofía nunca se ha sometido a operaciones de cirugía estética. Sus cuidados cosméticos se limitan a las cremas. Desde hace veinticinco años, la viste la misma modista, Margarita Nuez, y sigue calzando el mismo tacón mediano de siempre. Su peinado no ha cambiado en todos estos años. Dejó de fumar hace veinte años. Apenas bebe alcohol y, aunque no es vegetariana en el sentido más amplio de la palabra, se alimenta sobre todo de verduras, huevos y lácteos, y nunca figura la carne en sus menús.

Una de sus mayores cualidades es que jamás se da por vencida, como destacó el Premio Nobel de la Paz 2006, Muhammad Yunus, impulsor de los microcréditos y una de las personas que doña Sofía más admira. Tanto es así que, en el mes de marzo de 2018, se reunió con él en Riad, capital de Arabia Saudita, durante un congreso sobre educación. Con motivo del setenta y cinco cumpleaños de la soberana española, el citado Nobel manifestó:

Su Majestad la Reina doña Sofía es uno de los seres humanos más impresionantes que he conocido. Es una persona increíble con profundas cualidades humanas. Ella está intensamente interesada en la gente, especialmente en las mujeres olvidadas en nues-

tras sociedades. Sus sentimientos por ellas son auténticos y fieles a sus principios. Doña Sofía toma partido por las mujeres cada vez que tiene oportunidad y muestra su profundo interés en todos los detalles de sus vidas. Se involucra sin reparos. Se hace amiga de personas que nunca soñaron que se acercarían a la realeza.

He tenido el privilegio de acompañar a Su Majestad a muchos pueblos de países en Asia, África y América Latina. Dondequiera que fuese, se aseguraba de que las mujeres que conocía no la considerasen una celebridad, sino que la vieran como a una amiga con la que discutir sus problemas abiertamente. Como amigas cercanas.

Doña Sofía tiene una gran habilidad para recordar nombres, caras y los asuntos discutidos. Ella nunca se da por vencida en su campaña para llevar esperanza a las mujeres que encuentran difícil hallar cualquier esperanza.

Desde que estalló el caso Nóos, su vida es un permanente equilibrio para intentar que la familia, tan importante para ella, no se rompa más de lo que ya está, midiendo los pasos y los gestos que da, si bien no siempre con acierto. Sobre todo, procura que no se repita lo sucedido en diciembre de 2011, cuando pareció solidarizarse con su hija la infanta Cristina y su yerno Iñaki Urdangarin, al acudir a Washington para fotografiarse sonrientes con ellos en la portada del *Hola*. Fue como un desafío, una respuesta a la Zarzuela por apartarles de la familia, debido a su comportamiento poco ejemplar.

En noviembre de 2012, volvió a equivocarse, «desafiando» a su propio hijo al acudir, con su hija y con Iñaki, al hospital donde el rey don Juan Carlos se encontraba internado a consecuencia del accidente de Botsuana, cuando asistía a un safari en compañía de Corinna, su amiga «entrañable».

Según Almudena Martínez Fornés, en *ABC*, «desde entonces la Reina ha tomado nota y ha modificado su forma de actuar». Y pone un elocuente ejemplo: «Cuando el pasado 28 de septiembre viajó a Ginebra para el cumpleaños de su nieto, Juan Urdangarin, fueron todos los nietos los que bajaron a la puerta de la casa para recibir a la abuela, pero ni su hija ni su yerno lo hicieron para no aparecer en las fotos». Y yo pregunto: ¿por orden de su hijo, el rey, o por propia decisión?

Y aunque, como dice la ranchera, «sigue siendo la Reina», su vida ha dado un giro de 180 grados, sobre todo, desde que don Juan Carlos abdicara y ella pasara a ser «emérita». De eso vamos a hablar.

INFANCIA Y PRIMER AMOR DE JUVENTUD

Nacida griega

Su lugar de nacimiento marcó su vida como una tragedia. En la de pocas reinas o princesas de nuestra historia ha habido más sufrimiento que en la de doña Sofía, convertida hoy ¿en reina madre?: «¿Reina madre?... No me gusta nada. Yo soy reina porque me he casado con el rey. Soy consorte. Ese es mi estatus personal, consorte del rey. Yo no tengo estatus propio como reina. El rey es él. ¿Yo, Sofía, por mí sola? Por mí sola soy princesa de Grecia y punto». «¿Y reina madre?» «Ni reina madre ni reina viuda. Si tengo que ser algo, simple y sencillamente, seré reina Sofía.»[3]

Y lleva razón. Habla con mucho sentido común. La monarquía española, como todas las de nuestro entorno, no es bicéfala. Solo hay un rey, que es, además, el jefe del Estado. ¿Conoce alguien una jefatura del Estado con dos cabezas?

También podría ser ex reina consorte si se hubiese divorciado de don Juan Carlos. ¿Podría? Habría podido. Y todavía podría hacerlo. Si antes un divorcio no habría afectado a la institución, ahora, tras la abdicación del rey, mucho menos. Y, aunque motivos hubo para un divorcio, tanto ella

como él prefirieron continuar unidos en beneficio de la institución. Ese fue el gran sacrificio de doña Sofía, que decidió cerrar los ojos y continuar arrastrando su amor, lo cual los convirtió en una pareja que controlaba sus impulsos y aparentaba normalidad.

El matrimonio de don Juan Carlos y doña Sofía se vendió siempre como una historia de amor. En realidad no hubo ni flechazo ni amor. A primera vista lo más que hubo fue un chispazo. Aunque sea duro escribirlo, y más duro aceptarlo, don Juan Carlos, mientras fue el monarca reinante, jamás abandonó a doña Sofía, aunque no la amara nunca. ¿Por qué se casaron entonces?, preguntará, con lógica, el lector. Esta es la historia que, con conocimiento de causa, vamos a ofrecer en estas páginas, dejando bien claro que el drama de doña Sofía es que sigue, si no enamorada, sí amando a su marido... en la distancia, como siempre.

El rey demostró públicamente que no amaba a su mujer el día de los funerales del conde de Barcelona, en El Escorial. Por vez primera se puso de manifiesto la crisis existente en el matrimonio. Artículos y editoriales recogieron el gesto de doña Sofía cuando, viendo el esfuerzo que hacía su marido por no llorar, de forma abierta le apretó cariñosamente el brazo derecho y luego pasó su brazo izquierdo sobre los hombros, gesto que emocionó tanto al rey que ya no pudo contener el llanto, aunque no le devolvió la caricia.

Ese día, pero solo ese día, en años de mala convivencia, ambos fueron fieles a las palabras de san Agustín: «Si callas, callarás con amor; si lloras, llorarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor».